

OVERWATCH®

PIEDRA A PIEDRA



UN RELATO CORTO DE CHRISTIE GOLDEN

PIEDRA A PIEDRA



HISTORIA
CHRISTIE GOLDEN

ILUSTRACIONES
NESSKAIN

ASPECTO MARAMMAT DE SYMMETRA
Y BOCETOS ORIGINALES
ARNOLD TSANG

MODELO DEL ASPECTO MARAMMAT DE SYMMETRA
DONALD PHAN

MODELO ORIGINAL DE SYMMETRA
RENAUD GALAND

MAQUETACIÓN Y DISEÑO
MARK BRYNER

LOCALIZACIÓN
ÁLEX NIELSEN Y ÁLEX PABLOS



PIEDRA A PIEDRA

—¿No habrá sido cosa de un terremoto? —preguntó Sanjay Korpál, esperanzado.

Durante un instante, Satya Vaswani pensó si se trataba de una pregunta metafórica, pero no. Sanjay, uno de los mejores negociadores de la corporación Vishkar, lo decía en serio.

—No hay actividad sísmica de ningún tipo —aseguró Harita Patel, la geóloga jefe—. Por eso iniciamos las obras donde lo hemos hecho. Recordad que os advertí...

—¿Cabe la *posibilidad* de que haya sido cosa de un terremoto?

Harita parecía cada vez más angustiada.

—Por desgracia, es un caso claro de causa y efecto. El desarrollo fue agresivo, demasiado y prematuro. Las vibraciones de una construcción tan focalizada son las que han provocado los daños. Todo el mundo está... muy enfadado, señor.

Sanjay suspiró.

—Llevamos mucho tiempo intentando establecernos allí. Este contratiempo llega en mal momento, sobre todo con lo de Río tan reciente.

Con «llevamos» se refería a la corporación Vishkar, por supuesto. «Allí» lo decía por la enorme sección subdesarrollada de la ciudad de Roshani que se encuentra al otro lado del río, mientras que «contratiempo» iba por la imagen que contemplaba Satya.

Un pequeño holograma flotaba sobre la mesa. La imagen iba cambiando entre lo que fue —un ómnico de piedra sentado con las piedras cruzadas sobre

una flor de loto y con las manos juntas frente al pecho— y un montón de cascotes alrededor de un torso decapitado.

—Es algo más que un contratiempo —dijo Tamir Chada, representante de relaciones públicas—. Esto podría poner en compromiso todo el contrato. No solo se trata de daños físicos. Sanjay tiene razón: todo este incidente se interpretará como un insulto. Si no lo solucionamos a la perfección, podemos decirle adiós al desarrollo en esta ubicación.

—Por suerte —dijo Sanjay dirigiéndose a Satya—, contamos con la mejor arquitectónica de luz sólida del mundo aquí mismo, en Vishkar. Satya, naciste en un pueblecito parecido a Suravasa, doy por hecho que te ofreces voluntaria, ¿verdad? —Satya era consciente de que se trataba de una pregunta retórica—. Si no te ponemos a ello rápidamente...

—De forma inmediata —cortó Tamir—. Tenía que estar para *ayer*.

—Vamos a perder esta oportunidad. Debemos ofrecer algo importante a la gente de Suravasa para demostrarles lo preocupados que estamos por dañar accidentalmente algo tan valioso para ellos.

«Eso no es lo que nos preocupa», pensó Satya, pero no lo dijo en voz alta. Se había acostumbrado a ello en Vishkar.

—Vamos a mandarte para allá —dijo Sanjay—. Entérate de lo que quieren: una residencia, una generosa suma para las reparaciones o incluso reconstruir el templo. Cueste lo que cueste, será una gota en el mar en comparación con las pérdidas que podemos sufrir en derechos de desarrollo.

«Una gota en el mar», igual que «decirle adiós» al desarrollo, era una de esas frases que confundía a Satya desde pequeña. No había gota, ni mar ni había que despedirse de nadie. No obstante, había aprendido a... ¿cómo era? «Aguantar el chaparrón».

—¿De quién era la estatua? —preguntó Satya observando el holograma de nuevo. Se fijó en el cuello partido y en la cabeza cercenada. Apartó la mirada. Caos.

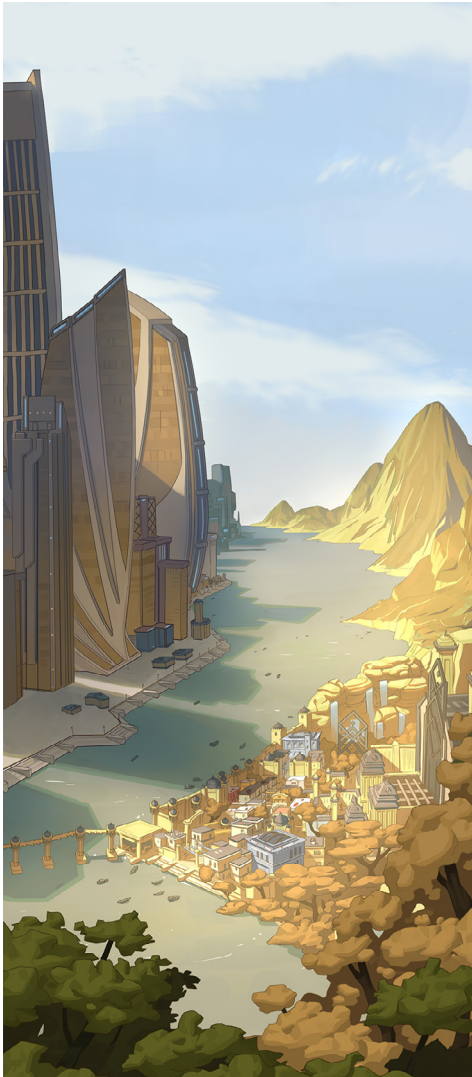
—De... —Sanjay miró a Tamir.

—Es de Aurora —dijo Tamir mientras consultaba sus notas.

Aurora. La primera ómnica con conciencia propia que se sacrificó para que los demás también la tuviesen.

—Fue algo más que una ómnica famosa —dijo Satya—. No querrán dinero. Debemos ofrecerles algo mejor.

—Satya, tu trabajo es averiguar qué quieren y dárselo —dijo Sanjay. Le dedicó una sonrisa cálida y una mirada amable—. Sé que puedes conseguirlo. Haz lo que sea necesario.



—No queremos nada de la corporación Vishkar —dijo el *sarpanch* Ranesh Grewal, jefe del gobierno local de Suravasa—. Ya habéis hecho suficiente.

Se había corrido la voz sobre la visita de Satya y su cometido, y Grewal, junto a una pequeña y ceñuda multitud, se habían reunido para plantarle cara. Los muros de piedra pintados con motivos corales proyectaban sombras en otras ubicaciones, pero los aldeanos y la intrusa se encontraban en un patio de azulejos decorado con un patrón a cuadros en el umbral de una de las entradas del templo. Allí, el sol calentaba con fuerza y las cúpulas doradas del templo brillaban con tanta intensidad que era imposible mirarlas de forma directa. La cara de Grewal estaba contorsionada en una mueca de

ira, una emoción que se veía reflejada en el resto. Entrevió algunos ómnicos al fondo. Al menos ellos no la abucheaban.

—Ofrezco mi ayuda precisamente por lo que ha ocurrido —dijo Satya.

—¿Para qué? ¿Para construir un rascacielos de luz sólida azul y brillante?
¿Te parece que queremos eso?

—No sé *qué* queréis —replicó Satya.

—¡Claro que no lo sabes! —gritó alguien de la multitud.

—¡A Vishkar le damos igual! —exclamó otra persona.

—A *mí* no me dais igual —dijo Satya. La imagen de la estatua, destrozada y sin cabeza estaba grabada en su mente—. ¿Me dejáis, al menos, entrar en el templo?

Cuando el *sarpanch* vaciló, se apresuró a añadir:

—Creía que aquí era bienvenido todo el mundo.

Uno de los ómnicos del fondo, vestido con una túnica sencilla, extendió el brazo hacia el templo. Satya asintió como señal de agradecimiento y atravesó las puertas de madera; notaba a la enfurecida multitud siguiéndola con la mirada.

El interior del templo estaba iluminado únicamente por la luz de las velas, y el ambiente era mucho más fresco. Las paredes no estaban pintadas con el mismo tono cálido de los corales del exterior; la decoración consistía en tallas en bajorrelieve de peces y tigres. Había zonas donde las piedras se habían resquebrajado, sacudidas por los terremotos, o amontonado. También había grietas en las paredes, techos y piedras.

Un suave olor inundó la zona, como si las piedras hubieran absorbido el aroma. «Incienso». Esta fragancia evocaba lo único bueno de su infancia: las visitas ocasionales a los tranquilos templos. Ocurrieron con tan poca frecuencia que se había olvidado de ellas.

—No cabe duda de que no sabes qué queremos.

La voz era metálica y estaba claro que no era humana. Había algo en ella que chirriaba, como el sonido que se produce al rascar una pizarra. No obstante, el

tono era reconfortante. El ómnico que se puso a caminar junto a ella era el mismo que le había dado permiso para entrar.

—Para *saber* lo que quieren los demás, primero hay que conocerlos.

—¿Eres un sacerdote del templo? —preguntó Satya.

—Soy un peregrino. Me llamo Zenyatta. Que Vishkar asuma esta responsabilidad es loable. No obstante, la ayuda será en vano si no... aporta nada.

—A mí me gustaría que aportase algo.

Continuaron caminando por el pasillo.

—Si quieres, puedo ayudarte a entender a nuestro pueblo, la fe y la comunidad. Eres bienvenida si quieres quedarte.

—¿Quedarme? —Satya dijo esa palabra con más brusquedad de la prevista—. ¿Aquí?

Su mente se desbordó con los recuerdos de la pobreza extrema que sufrió durante su infancia. El hedor, la presión de la gente, los estómagos hambrientos, el agua estancada que tenían para beber.

La impotencia de sus padres intentando ponerle remedio a todo aquello.

—En el templo —aclaró Zenyatta—. Igual que los peregrinos.

—No soy una peregrina —contestó Satya—. Soy arquitecta.

Estaba allí para trabajar, era importante que esta gente lo entendiese.

Zenyatta encogió sus hombros metálicos.

—¿Qué es un peregrino, sino alguien que ha emprendido un viaje hacia un lugar sagrado? El término en sí no tiene importancia. *Tú*, Satya Vaswani, ¿te quedarás?

La invitación provocó algo de ansiedad en Satya. Se había fijado unas rutinas para garantizar el orden y la calma en alguna parte de su vida. Incluso cuando se tenía que alojar en hoteles, Satya tenía tiempo para ella y cumplía las rutinas en la medida de lo posible.

Zenyatta prosiguió:

—Tienes la reputación de crear los diseños adecuados según el propósito del edificio. No hay por qué avergonzarse por no entender el propósito de este templo, señorita Vaswani. Todos comenzamos desde la ignorancia.

Satya no pudo rebatir eso. Sabía cosas de Aurora, pero no desde el punto de vista de los ómnicos. Cuando Sanjay sugirió la construcción de una residencia o la posibilidad de ofrecerles dinero, supo de forma instintiva que no serían opciones bien recibidas. Todo apuntaba a que rechazar esta invitación tampoco sería una decisión acertada.

—Lo... intentaré —dijo.

—El nacimiento de cualquier proyecto es la voluntad para intentarlo —dijo Zenyatta.

El pasillo dio paso a un agradable sendero sinuoso en el que unos árboles ofrecían una sombra reconfortante. Un sacerdote ómnico se acercó a ellos, asintió educadamente a Satya y le dedicó una reverencia a Zenyatta.

—Paz, Tekhartha —dijo, y prosiguió su camino.

Satya se dirigió a Zenyatta.

—Conque un peregrino —dijo—. Cualquiera diría que estás al mando.

—Nadie está nunca «al mando» de nada —replicó con una risa resonante—.

Volví aquí hace poco con la intención de meditar sobre las enseñanzas de mi maestro, Tekhartha Mondatta. Ahora que te he conocido, me he dado cuenta de que me aguardaba otro propósito.

—Estoy al tanto de lo de Mondatta. Lo asesinaron —recordó Satya.

—Sí —contestó Zenyatta con aparente calma ante este frío comentario.

—Antes de ese suceso, no sabía que los ómnicos pudiesen morir. Sois máquinas, di por supuesto que podáis reemplazar vuestras piezas.

—En teoría podemos, pero aún debemos encontrar las piezas necesarias para las almas, ya sean humanas... u ómnicas.

¿Los ómnicos *tienen* alma? Se trataba de una pregunta muy amplia, y Satya necesitaba tiempo para pensar en la respuesta. Volvió a centrarse en el tema de Mondatta.



—Fue asesinado —prosiguió—. No entiendo el motivo. No incitaba a la violencia.

—Mondatta rechazaba la violencia. Muchos, incluyéndome a mí, creemos que fue asesinado por aquellos que no ven con buenos ojos que se intente tender puentes entre humanos y ómnicos.

—¿Tender puentes? Ah... —dijo Satya—. Lo primero que me ha venido a la mente es, literalmente, un puente.

—Yo también entendía las cosas de forma literal al principio. Aunque los ómnicos son conscientes como los humanos, a mí me desconcertaban. Decían cosas como «echar una mano» o «se te ha comido la lengua el gato». No obstante, sus manos eran de carne y no de metal, así que ¿cómo iban a lanzar una de ellas? ¿Cómo iban a darle su lengua de comer a un gato? ¿Acaso eran intercambiables? ¡Me he imaginado unas cosas muy interesantes durante mucho tiempo!

Satya se rio con confianza.

—A veces me sigue pasando.

Acercó su brillante cabeza hacia ella y susurró:

—A mí también.

El sendero terminó en varios escalones que llevaban a una gran zona abovedada que, claramente, era el santuario principal.

Un pequeño estanque rodeaba el estrado sobre el que había reposado la estatua, y había unos senderos que conducían hasta ella. Otros peregrinos —

algunos eran humanos, pero la mayoría eran ómnicos— estaban sentados sobre cojines y con el cuerpo en la misma posición que la estatua. O, mejor dicho, en la postura en la que estaba la estatua antes.

A Satya le incomodó ver los escombros. Una cosa era ver una pequeña representación holográfica de aquello en la impoluta y casi estéril sala de reuniones de la corporación Vishkar, y otra muy distinta era ser testigo de la amplitud de todo aquello en persona. Se fijó en los brazos destrozados y en la cabeza rota. Satya se dio cuenta de que Vishkar la había enviado allí con tanta rapidez que no habían tenido tiempo de despejar los restos del todo.

—Seguro que os ha provocado una gran angustia ver así a vuestra deidad. Destrozada —dijo.

—Aurora no fue una deidad —corrigió Zenyatta educadamente—. Era como nosotros, con la salvedad de que fue la primera.

Satya intentó concentrarse en el rostro de la estatua en lugar de en los daños y el polvo de alrededor.

—¿No le dedicáis oraciones?

—No —respondió Zenyatta—. Meditamos sobre su vida... y su muerte. Le damos gracias por su sacrificio y por el regalo que nos entregó. La estatua era una representación suya muy realista, pero no capturó la esencia de quién *fue*. Aurora era curiosa. Quería aprender cosas sobre el mundo y sobre la gente.

—Para entender qué hace que los humanos sean... humanos —dijo Satya. Zenyatta asintió.

—Fue la primera de los nuestros en reflexionar sobre ello. Y todos nosotros también lo haremos, con el tiempo. Todos los ómnicos ven algo de ellos mismos en ella.

«Yo también», pensó Satya, aunque no lo dijo. ¿Cómo sería ponerse en la piel de la primera ómnica que, de repente, es consciente de sí misma? ¿El hecho de intentar que *todo*... tenga sentido?

—Debe haber sido casi imposible sin un modelo a seguir. Su modo de pensar, vuestro modo, debe ser muy distinto al nuestro.

—La gente no necesita comprender la forma de pensar de los demás para respetarlos o incluso amarlos —señaló Zenyatta—. O para que surja una amistad. El templo fue un lugar donde Aurora era bienvenida y aceptada tal y como era, sin prejuicios.

—Pero... no se quedó.

—No.

El sonido resonante y metálico de la voz de Zenyatta denotaba tristeza, y bajó la cabeza ligeramente.

—El destino de Aurora era distinto; su viaje era otro, uno que otros muchos han emprendido desde entonces. ¿Sabías que este templo es la primera visita de cualquier peregrinaje en su honor?

—No lo sabía.

—Aurora crecía cada vez que visitaba algún lugar y con cada persona que conocía. Su viaje físico la llevó a Nepal, mientras que su viaje espiritual le enseñó un altruismo de tal magnitud que estuvo dispuesta a sacrificarse por la posibilidad de que nosotros también pudiésemos experimentar esa empatía.

—Un momento. ¿No estaba segura de si daría resultado?

Satya se sorprendió. El hecho de sacrificarse por los demás siempre es un acto noble. Sin embargo, elegir este camino sin la certeza de que fuese a tener éxito, pero sabiendo que sería su perdición, convertía a Aurora en el ser más valiente del que Satya había oído hablar.

Zenyatta sacudió la cabeza.

—Nadie podía saberlo con certeza. Cabía la posibilidad de que muriese en el intento..., y con ella la ocasión para que los ómnicos tuviesen conciencia. Puede que ahora comprendas mejor el motivo por el que nos afecta tanto la destrucción de su estatua que ha provocado el desarrollo de tu compañía.

—Vishkar quiere mejorar las cosas para todo el mundo —dijo rápida y automáticamente—. Me he involucrado en muchos proyectos que han mejorado vidas al abastecer de hogares, agua potable y hospitales.

«Y residencias de lujo. Y clubes exclusivos. Y apartamentos con unos precios tan elevados como los rascacielos donde se encuentran...».

—Seguro que sí —contestó Zenyatta—. Pero se puede ayudar a la gente de muchas formas.

—Lo importante es que estéis contentos —mencionó las sugerencias de Sanjay para dejar constancia—. Podemos construir una residencia. O quizá un templo nuevo.

—Damos la bienvenida a todos los visitantes, por supuesto —dijo Zenyatta con la mirada fija en la estatua destrozada—. Sin embargo, en mis viajes he presenciado muchas cosas hermosas, con un espíritu auténtico, pero que se han convertido en una atracción turística más que en un lugar sagrado. Aquellos cuyo destino sea venir aquí, vendrán. Se les mostrará el camino, piedra a piedra, a medida que lo transitan. En cuanto a lo de un templo nuevo..., este todavía sirve. Satya, aunque hay energía en lo nuevo, hay poder en lo antiguo, incluso si es frágil. Cuando nos encontramos en un estado de meditación profunda, casi somos capaces de escuchar los susurros de todas las voces que han pasado por este lugar en los últimos miles de años o más.

Huele el incienso que se ofrece con amor desde muchas manos.

Un suave repiqueteo interrumpió sus pensamientos.

—¡Ah! —exclamó Zenyatta—. Es la hora del almuerzo. Un buen momento para comenzar tu estancia. Lamento que mi proposición de que te quedas te provoque ansiedad —dijo ladeando la cabeza e interpretando su expresión con exactitud—. Nuestras rutinas nos calman mucho y nos dan un propósito.

—A mí también. Las mías, al menos —añadió Satya con toda la educación posible.

—Significa mucho que estés dispuesta a soportar desasosiego para embarcarte en este proyecto. Quizá te sientas identificada con nuestras rutinas. No son complicadas, y mantienen el cuerpo ocupado mientras llenan el corazón y la mente. Pero antes... vamos a llenar tu estómago.

Satya se detuvo al entrar en el comedor. El olor del tamarindo, la cúrcuma, el comino, el cardamomo y otras especias, sumado al incienso que impregnaba el templo, se combinaban en una fragancia con una fuerte carga nostálgica. La comida era vegetariana, sencilla y deliciosa: arroz, legumbres, verduras, quesos y leche. Naturalmente, los ómnicos no podían comer, pero la comida tenía una pinta estupenda.

—¿Cómo os las apañáis para cocinar algo tan bueno sin saber a qué sabe?
—le preguntó a Zenyatta.

—Descubrimos que, en determinadas culturas, los sacerdotes tenían prohibido probar la comida mientras la cocinaban. En su lugar, debían pensar qué servir y cuál era la mejor forma de cocinarlo. Nos dimos cuenta de que habíamos asumido esa tradición. Nuestros sacerdotes ómnicos estudian los ingredientes de la zona para entender cómo los percibe un ser humano. Además, también pedimos consejo sobre cómo usarlos.

—Sinceramente, si tengo eso en cuenta, me sorprende que no salga algo asqueroso.

—Eso pensaron nuestros primeros invitados —dijo Zenyatta, y se rio.

Le gustaba su risa y el hecho de que pudiese hacerlo sin preocupaciones, aunque fuese de sí mismo o de lo absurdo de las cosas.

—Cuéntame más cosas sobre tu fe.

Inclinó la cabeza.

—Como ya sabes, Aurora quería explorar el mundo y averiguar cómo encajar en él. Quería descubrir *quién* era.

—Muchas religiones se centran en la búsqueda de la iluminación —aseguró Satya.

—Esa búsqueda reside en nuestro corazón. Cuando Aurora se sacrificó, trascendió a su propia existencia y a su forma de ser, así que intentamos imitar su experiencia a través de la meditación.

—¿Qué le ocurrió?

Zenyatta dudó un instante.

—Solo un puñado de personas fueron testigos físicos de lo que ocurrió y, con el tiempo, el misterio no ha hecho más que aumentar. Se dice que la envolvió una intensa luz dorada. Se *expandió*. Intentamos alcanzar ese estado, ese nivel de nuestro ser al que llamamos el Iris. Allí, todos somos uno.

—Todo esto me tiene muy confundida. Quiero entenderlo.

—Y lo harás. Cuando termines de comer, te mostraré más.

Cuando Satya terminó, Zenyatta la guio hasta otra sección del templo. Allí, bajo la luz parpadeante de muchas velas, se encontraba un bajorrelieve que representaba la trascendencia de Aurora.

Satya lo estudió. A diferencia de la estatua, esta figura estaba representada con ocho brazos. Dos manos se encontraban juntas, sobre el corazón, que en muchas culturas es un símbolo del amor y el respeto por uno mismo y por el universo. El resto de manos parecían intentar alcanzar unos pequeños orbes. La figura tenía una esfera mucho más grande a su espalda. Llevada por la curiosidad, Satya pasó los dedos por la piedra áspera y fría.

El monje ómnico se inclinó para acariciar con cuidado la imagen de Aurora.

—De uno, muchos —dijo señalando los brazos—. Todos somos *mucho* más que un único ser. Pero muchos —volvió a señalar a la figura sentada—, pueden convertirse en uno.

—Sois uno en el Iris —susurró Satya.

—Exacto.



Cuando Satya se retiró, la llevaron hasta a uno de los pequeños edificios circundantes al aire libre que se encontraba cerca de un enorme estanque de lotos. Allí, le ofrecieron una sencilla esterilla en la que dormir y la túnica tradicional del templo. Se quedó mirándola un largo rato. Había tantas cosas nuevas que quería tener el control sobre lo que pudiese. Sabía que debía honrar las tradiciones del

« *TODOS SOMOS
MUCHO MÁS
QUE UN ÚNICO SER.* »

templo, pero era muy reacia a cambiar su apariencia. Además, le había dicho a Zenyatta que ella no era una peregrina.

Sin embargo, los colores dorados y rojizos le gustaban, y la textura era agradable. Satya supo qué hacer.

A la mañana siguiente, Zenyatta la saludó alegremente cuando entró en el santuario para comenzar su jornada en el templo.

—Me alegro de que hayas decidido ponerte la túnica —dijo.

—Lo cierto es que no quería hacerlo —contestó Satya—, pero quiero demostrarte que quiero ayudar de verdad.

—Oh —dijo Zenyatta—. Eso nunca lo he puesto en duda.

Los días transcurrieron con una rutina que, al principio, a Satya le resultó complicada. Al levantarse, los peregrinos y ella ayudaban a los sacerdotes a limpiar el santuario principal recogiendo los cascotes más pequeños y barriendo. Le dijeron a Satya que unos obreros llegarían en unos días para retirar las piedras más grandes y pesadas.

Los restos que quedaron los limpiaron con agua y se esparcieron flores por toda la zona. Los peregrinos iniciaron el ayuno y se sentaron sobre los cojines. Cuando Satya siguió su ejemplo por primera vez, previó que los sacerdotes le pedirían que meditase. Era una práctica que había intentado en el pasado, aunque le había resultado muy complicada. Se quedó muy sorprendida cuando le dieron una esfera metálica del tamaño de la palma de la mano a cada peregrino.

—Meditamos con estas esferas —dijo Zenyatta.

—Son iguales que las del bajorrelieve.

Asintió.

—Para ti será... el orbe de percepción.

—Para que pueda averiguar lo que necesitáis.

—Mmm —musitó, sin mostrar acuerdo o desacuerdo—. Desplaza el orbe de una mano a otra. Concéntrate en su peso, en su tacto, en su movimiento.

Al poco rato, se sirvió el almuerzo. Después, más tareas y más meditación con los orbes hasta que llegó la hora de dormir.

Durante los primeros días, Satya se dio cuenta de que su cuerpo se había adaptado a la fina esterilla sobre el suelo de piedra. Ya estaba cómoda con la túnica: se había acostumbrado a ella y le gustaba su tacto. Cuando notaba que su ansiedad iba en aumento por querer cambiar de posición o por querer hacer algo con las manos, movía el orbe hacia adelante y hacia atrás. No entendía por qué tenía siempre tanta hambre, así que se lo comentó a Zenyatta.

—Es que ahora le estás presentando atención —dijo—. Igual que también le estás prestando atención a los rituales, a las meditaciones con el orbe, a las tareas del templo —se rio— y a nuestras conversaciones.

Al cuarto día, acompañó a los sacerdotes al centro del pueblo para preparar la comida y ofrecérsela a cualquiera que tuviese hambre. Mientras servía lentejas sobre arroz aromático, Satya observó cómo Zenyatta y los ómnicos interactuaban con los aldeanos. Parecían encantados de ver a los sacerdotes. Hubo conversaciones de todo tipo: sobre el templo, sobre el Iris y sobre cómo les iba a sus amigos, que era como la gente percibía a todos los sacerdotes. No obstante, también hubo ceños fruncidos y miradas de enfado hacia Satya; unos comentarios que no pretendían disimularse.

Zenyatta, al escuchar estos murmullos, se puso al lado de Satya. No le dijo nada y se puso a servir junto a ella. Algunas miradas se relajaron. Aquellas reacciones no la habían ofendido, pero agradeció el apoyo silencioso de Zenyatta.

Más tarde, tras la meditación nocturna con los orbes, Zenyatta le pidió a Satya que se quedara un rato cuando el resto se marchó. Se revolvió en el cojín, inquieta. Cada vez que veía los restos de la estatua, sentía la necesidad de hacer algo al respecto.

—¿Te ha gustado nuestra tarea de hoy? —dijo Zenyatta.

—Sí —contestó—. Lo único que me preocupa es que haya tantos que aún pasan hambre.

Volvió a acordarse de su infancia.

Zenyatta asintió y suspiró:

—¿Qué ocurrió cuando terminaron de comer? ¿Y qué pasó mientras lo hacían?

—Hablaron. Y compartieron. Y... rieron.

Era consciente de las preocupaciones que debían padecer. De sus resentimientos. De que tendrían motivos para estar enfadados. Aun así, rieron.

—La comida se prepara con cariño y se ofrece sin reservas. No tienen que pagarnos nada ni compartir nuestra fe. No importa. Estamos conectados —dijo señalando a la estatua—. Hacemos esto desde que Aurora estuvo aquí, desde hace muchísimos años.

—Se... nutren —dijo Satya. Sus dedos pasaron el orbe de percepción de una mano a otra en un intento por mantener el ritmo con sus pensamientos—. No solo de comida.

—Hay muchas formas de saciar el hambre, Satya.

—La comida es la más importante —contestó, siendo práctica.

—Sin duda —convino—. Si cuidamos el cuerpo, la mente está más libre.

Abierta. Preparada para cambiar y aprender.

El orbe tenía un tacto suave. Lo observó.

—Los arquitectos de luz sólida reunimos lo que percibimos y lo hacemos realidad. Muchos usamos movimientos muy precisos. Exactos. Y eso me gusta. Pero, a la vez..., siempre me ha costado encontrar estabilidad —contó mientras se pasaba el orbe de una mano a otra—. Cuando me pongo a crear... uso pasos de baile kathak. Cuando era niña y me ponía nerviosa, me tranquilizaba ponerme a bailar. Me he dado cuenta de que meditar con esto —señaló al orbe— también me tranquiliza.

Satya evitó su mirada, no solía compartir lo personal que era su trabajo.

—Bueno, uso lo que *recuerdo* del baile. Mis pasos están lejos de la perfección —corrigió.

—A pesar de eso, bailas para tejer luz —dijo Zenyatta—. Satya, moldeas la realidad para crear un arte que tiene un propósito. El arte perfecto es estéril. El

verdadero arte es como cualquier otra cosa verdadera... Tiene defectos. Y son esos defectos lo que provoca que sea magnífico. Igual que nosotros.

Prosiguió con su cálida voz metálica.

—Existe una filosofía japonesa en torno a la estética llamada *wabi-sabi*. En pocas palabras, significa que las imperfecciones deben aceptarse y celebrarse. La naturaleza no es perfecta y, sin duda, el arte tampoco debería serlo. De hecho, existe una forma de arte que se fundamenta en esta filosofía: el *kintsugi*. Significa «carpintería de oro». Cuando una pieza de cerámica se rompe, las piezas se vuelven a juntar con oro —Zenyatta la miró directamente—. El *kintsugi* nos anima a pensar de forma diferente. En lugar de ocultar algo roto, lo sacamos a relucir. Tu pasión consigue que la arquitectura sea algo más que un simple acto de construcción. Sin imperfecciones, una casa solo es un edificio. Lo que hace que sea un hogar son sus defectos y rincones alegres. Puede que tu forma de bailar sea imperfecta, pero la imaginación, la creatividad..., esos aspectos no son incompatibles con la fe. Son sus *manifestaciones*. De hecho, hay una historia que cuenta que el universo existió a causa de un *baile*.

Satya no había madurado lo suficiente como para entender la fe y la religión hasta que la corporación Vishkar la contrató y la formó como arquitecta de luz sólida, pero esto... Ojalá se lo hubiesen dicho antes.

—Qué circunstancia tan preciosa, Satya —dijo Zenyatta en voz baja, casi con reverencia—. Qué apropiado es que hayas decidido venir para ayudar a sanar un lugar sagrado. Ya has entrado en comunión con lo divino.

Satya nunca se había sentido tan comprendida. Se sentía muy vulnerable y, a la vez, con mucha fortaleza. Quería gritar, reír, bailar, llorar y cantar, pero no hizo nada de eso. Parpadeó para contener las lágrimas, asintió agradecida a Zenyatta y volvió a mirar la estatua destrozada mientras pasaba el orbe de percepción de una mano a otra. Por fin entendió por qué Zenyatta le había dado ese orbe en concreto. Percepción significa comprensión..., pero se trataba de una comprensión a través de los sentidos. La suavidad del orbe. El olor del incienso. El sabor de la comida preparada con mimo. El rumor de las voces bajas y la vista de algo hermoso.



—Me parece —dijo pausadamente— que sé lo que debo hacer, aunque no estoy segura de que tengamos el tiempo suficiente. Debemos comenzar de inmediato.

—¿Debemos?

—Sí, unión —dijo, mientras se daba cuenta de que estaba... sonriendo.



Habían hecho falta casi todas las horas de actividad de los días que quedaban de la estancia de Satya, pero ya estaba preparada para lo que Sanjay calificaba como la «revelación», aunque no había nada que destapar. Cuando Satya comenzó a vestirse para el gran evento, se dispuso a ponerse, de forma automática, el uniforme morado y blanco que llevaba puesto cuando llegó. Se detuvo, y se quedó mirando la túnica dorada y rojiza que vistió durante su estancia.

Zenyatta la estaba esperando para acompañarla hasta el patio. Cuando salió, parecía sorprendido.

—¿No decías que no eras una peregrina? —preguntó, refiriéndose a la túnica del templo que llevaba puesta.

—¿Qué es un peregrino, sino alguien que ha emprendido un viaje hacia un lugar sagrado? —contestó haciendo referencia a sus propias palabras—. Lo cierto es que no tenía la intención de serlo. Y aquí estoy. Con esto represento a la mujer que aprendió sobre Aurora —dijo señalando la túnica—. Quiero ser esa persona cuando muestre mi obra al mundo. Quizá sea esa mujer con más frecuencia de ahora en adelante. Me has enseñado que el mundo tiene muchas cosas sagradas, incluso si a primera vista parecen cosas corrientes. Además, siempre queda algo por aprender, sobre todo de los buenos profesores.

Satya nunca imaginó que aprendería a descifrar los cambios sutiles que regían las emociones de los ómnicos. No obstante, *sintió* —porque no hay otra palabra para describirlo— que Zenyatta estaba profundamente conmovido.

Zenyatta y ella se encontraban en el mismo patio donde había discutido con el *sarpanch* Ranesh Grewal hace una semana. Él también estaba allí junto a los sacerdotes del templo, peregrinos, aldeanos y demás. Aún parecía no confiar en ella.

—En fin —dijo una voz amistosa—. Parece que no habrá residencia.

Satya se dio la vuelta, sorprendida por el hecho de que Sanjay hubiese asistido al evento en persona.

—Ahora verás —contestó.

Se quedó mirando y asintió.

—Muy bien. Tamir, de relaciones públicas, está preparado para tomar medidas en caso de que haya problemas.

—Me parece que no será necesario.

—*Alguien* le pondrá pegas a *algo*. Siempre pasa lo mismo, ya lo sabes.

No se equivocaba, pero Satya no le dio importancia.

—He investigado y estoy segura del diseño que he elegido —dijo mientras se giraba hacia la multitud—. Por favor, acompañadme.

Los guio por el pasillo, y el grupo murmuró suavemente cuando se fijó en las estrías doradas de las paredes y el techo donde antes estaban las grietas y agujeros. Los agujeros, las fracturas, las fisuras. Las heridas. Todo estaba

reconstruido con una argamasa de color miel. Nada estaba oculto, sino a plena vista.

Kintsugi. Carpintería de oro.

Hay energía en lo nuevo, pero hay poder en lo antiguo.

Sangre en las venas. Corrientes eléctricas. Tendones que lo mantienen todo unido.

El grupo se mostró tranquilo mientras avanzaban por el camino que llevaba hasta la entrada del santuario. Satya se detuvo en el umbral e inhaló profundamente.

—La corporación Vishkar asume la responsabilidad del daño que, accidentalmente, ha provocado a este templo —explicó—. Tekhartha Zenyatta me invitó a quedarme para conocer la historia ómnica y su fe. Para saber más sobre Aurora. Habéis sido testigos de mi cuidado al templo. Ahora os mostraré mi percepción sobre los ómnicos, sobre los habitantes de Suravasa, sobre Aurora y sobre su templo.

Cómo veo a Mondatta. Arte.

Como me veo... a mí misma.

Todos somos uno en el Iris. En cierto modo, ella había sido una con los demás durante los últimos días. La estatua de Aurora no se había reparado únicamente gracias a sus esfuerzos. Satya habló con los obreros encargados de retirar las enormes piedras, y les pidió que las volviesen a unir. Ellos, los sacerdotes y los peregrinos trabajaron codo con codo junto a ella mientras usaba la luz sólida para reparar los daños.

Por eso no se reemplazó la estatua. La transformaron.

La luz del sol bañó la estatua de oro líquido. Ahora, los enormes fragmentos de piedra derrumbados a causa de la negligencia de Vishkar estaban unidos por arroyos de luz áurea. Un collar de lo que parecía oro marcaba la unión de la cabeza inclinada con el cuello. La luz sólida también adornaba los pliegues de la ropa, antes fracturada, y conectaba de nuevo los dedos articulados de las manos que se presionaban una a otra en un gesto de devoción.

A Satya le había conmovido el concepto de unidad del Iris, pero la historia de la trascendencia de Aurora le había dejado una huella aún más profunda. Su trabajo aún no había terminado. Levantó los brazos, se posicionó y comenzó a tejer.

Puso los brazos en alto mientras sus dedos tocaban, agarraban y tiraban.

Cambiando el orbe de posición: atrás y adelante, atrás y adelante.

Cambiando la percepción.

Mientras estiraba la fina hebra de luz dorada entre sus dedos y acumulaba hilos brillantes en una madeja, Satya pensó en las maravillas que tuvo que experimentar Aurora; su confusión, incomodidad y el gran amor que provocó que la primera ómnica diese su vida, única y preciosa, por los demás. Ahora Satya se postraba ante su arte, su pasión... ante al baile de la creación.

Comenzó a moverse con mayor rapidez. Aparecieron ocho pequeños orbes: uno por cada brazo delicado que se iba uniendo y que parecían hechos de sombras de oro, y dos sobre la cabeza de la estatua, uno a cada lado. Un par de los brazos se inclinaron hacia abajo. *Para alzar al resto.* Los del medio se extendieron con amplitud. *Para bendecir y dar la bienvenida a los que buscan algo.* Los dos brazos restantes entrecocaron sus manos sobre la cabeza, generando una simetría con los que estaban sobre el corazón. *Unidad.*

Una cosa más.

Una última vez, comenzó a tejer la luz en hilos tan finos que, cuando los lanzó para que giraran alrededor de la estatua, eran casi transparentes; tan finos como para deslizarse por debajo de la pesada base. Anillos de lo que parecía fuego rodearon la estatua y formaron un gran orbe brillante. Satya levantó las manos. Se oyó un grito ahogado en el santuario cuando la pesada estatua comenzó a elevarse desde su base de flor de loto, ahora sostenida por la esfera dorada y translúcida de luz sólida.

Satya suspiró profundamente y bajó los brazos.

Silencio absoluto... y, de repente, murmullos. Poco a poco, la gente se fue acercando a la estatua flotante que se encontraba en el interior del orbe de luz sólida mientras el brillo les bañaba las caras.

—¿Señorita Vaswani? —Se giró para ver al *sarpanch* Grewal junto a ella, sonriendo—. Perdóname. Te he juzgado mal. Esto no podría ser más perfecto.

—Sí que puede —dijo Satya—. Ese es justamente su propósito.

Grewal la miró, perplejo, mientras ella asentía cortésmente y se abría paso entre la multitud. Todo aquello ya le estaba resultando demasiado personal.

Zenyatta la estaba esperando fuera. Le ofreció una pequeña caja que despedía un aroma a incienso.

—Para que te acuerdes de nosotros.

—Gracias —dijo—. No querría otra cosa.

—Siempre serás bienvenida —le contestó al ver a Sanjay acercarse—.

Cada amanecer trae una oportunidad para cambiar nuestro camino. Espero que ahora la corporación Vishkar sea consciente de ello —matizó finalmente, hizo una reverencia y se dio la vuelta para volver al patio.

Sanjay le siguió con la mirada.

—Esta decisión que has tomado —le dijo a Satya—, no es lo que tenía en mente.

—¿Te ha decepcionado?

Sacudió la cabeza con el ceño fruncido, pero no con una expresión de enfado. ¿Era perplejidad?

—El caso es que no. Te dije que les dieras lo que pidieran y... eso has hecho. Esto es precioso, Satya. Has dado en el clavo. Pero, dime, ¿por qué has usado luz dorada y no azul?

—Así se me describió en su momento —explicó—. Además, el azul es un color muy bonito, pero es frío. Este templo está dedicado a recordar el acto de amor más importante: el sacrificio por los demás. Y el amor... es *cálido*.

La gente la miraba y sonreía, y Sanjay se dio cuenta.



—Parece que una parte de ti va a permanecer aquí. ¿Vas a echar de menos este lugar?

—Echaré de menos estar con personas que piensan casi del mismo modo que yo —confesó—, pero he aprendido que no necesitas comprender la forma de pensar de los demás para respetarlos —«*O para que surja una amistad*», pensó—. Me basta con saber que este templo está aquí, tal y como está.

Se les mostrará el camino, piedra a piedra, a medida que lo transitan.

Se giró para mirar a Sanjay.

—Así deberíamos interactuar. Con respeto. Como amigos. Con la intención de entender... y de que nos entiendan. Vishkar puede hacer mucho, pero aún debe percibir *cómo* hacerlo.

Sanjay parecía perplejo. Se dio la vuelta de nuevo para contemplar la brillante estatua que, a pesar de ser la misma que antes, era muy distinta al mismo tiempo.

—Me parece —admitió Sanjay Korpál con tono amable y casi de sorpresa—, que tienes razón.







BLIZZARD[®]
ENTERTAINMENT